

Querido Rey de la Cabina:

¿No sabías que te iba a buscar por todas partes,
por donde fuera? ¿Por qué no lo hiciste más fácil?
No hubiera ido contigo de todos modos, si no querías,
pero ¿acaso no lo querías? Júralo que no. Pero,
entonces, ¿por qué irse de esa manera?

Ahora que sé que esta carta te va a llegar, aunque
no te la den mis manos te va a llegar, me pregunto:
¿cómo será tu mundo ahí? Todo lo tuve que adivinar,
tu silencio me llenó de palabras que iba encontrando,
hebra con hebra.

¿Querías estar solo? ¿Era tanto ruido el amor?
Son demasiadas preguntas, incluso para quien no
las puede oír. Ya imagino tu cara (no te preocupes,
no tienes que poner otra. Puedo imaginar tu cara, sólo eso).
Mejor te hablo del tiempo, por ejemplo, que no es
época de lluvias, y llueve.

Todo se moja sorprendido.

Cómo es la vida, ¿no? Será que uno se acostumbra a que,
si todos los días sale el Sol, el resto tendría que ser
igual de previsible y, quizás, eso sea lo único que podamos
esperar con confianza. Lo digo sin tristeza, y sin enojo,

hay tanta libertad en esa idea de lo imprevisible (tú, que nunca podrías ir por un camino trazado, bien que me entiendes).

¿No son adorables los caminos mojados?

Hoy podría haber regresado con el autobús, más rápido y más seca. Pero vino la lluvia y ¿qué hubiera hecho ahí encima entre las caras cansadas de otros pasajeros? Me metí por el camino de tierra, de barro, es decir.

Encontré ese pedazo de cielo roto, ese vuelo quebrado, esa avecita muerta, y yo y la lluvia y ya sabes...

Ya tenía mi cuaderno empapado, de todos modos, lo apoyé en una parte más seca (imposible, llovía, ¿te lo dije más de cien veces hasta que se humedezca la piel de esta carta?). Cavé un pequeño hueco con la mano, tomé al ave (¿se sigue llamando así?, aun cuando las alas... ya sabes). La guardé ahí, la cubrí. Y, antes de que se tapara del todo, alcancé a ver cómo se convertía en un pez azul. ¿Guiñó un ojo? De eso no estoy segura, pero me pareció (de todas maneras, ¿me lo creerías?). Lo pondré así: creo (creo) que guiñó un ojo. Tal vez arrojó un beso, o simplemente se movió como cuando uno nace, y se dejó caer hasta el arroyo que pasa ahí cerca (ya lo conoces).

Puse las palmas hacia arriba para que la lluvia me lavara las manos. Luego tomé el cuaderno, y seguí caminando, mirando hacia atrás, viendo las huellas que dejaba, toda llena de preguntas, por ejemplo:

¿Desayunas?

¿Has visto caballitos de mar?

¿Y danzar a las algas?

Estoy segura de que tienes un perro, ¿cómo se llama?

¿O cómo te llama él? (es una broma, no te enojés).

¿Te has lastimado usando el hacha?

¿Pasaste frío alguna vez? (quiero decir: ¿hubo algún norte muy fuerte?).

¿Te volvieron más callado las estrellas?

¿Sigues haciendo juguetes?

¿Desde cuándo sabes manejar una grúa?

(Ay, una pregunta, ay, que no quisiera escribir porque haría que te dobles

hasta huir por el túnel

de tus propios bolsillos),

pero

(cuatro letras que hacen una puerta mágica),

pero

¿cómo no voy a hacértela?